



MERCADO DE LA PLAZA DE BEJAR (SALAMANCA)

Tia Feli, dueña de una casquería

JAVIER RICO

Ir a La Plaza era un ritual que estaba lleno de connotaciones lúdicas y emocionantes. No sólo por lo que te pudiera tocar en gracia, una golosina, una pieza de fruta o un pequeño juguete, sino porque te encontrabas a mucha gente, familiares incluidos, y porque no era un mercado cualquiera.

Yo pensaba por entonces que La Plaza era verdaderamente la plaza de Béjar, el centro administrativo de la ciudad, donde se unen el Ayuntamiento, la oficina de correos y algún que otro edificio con cierto señorío. Lo pensaba porque al oír que todo el mundo en Béjar se refería al mercado central con ese término y de forma tan convencida, con apenas ocho años le quedaban a uno pocos recursos intelectuales o el suficiente bagaje cultural como para andarse metiendo en cábalas quisquillosamente infantiles del tipo de “pues las plazas de los pueblos no son así”. Tan absorto me encontraba yo ante un mercado que tenía escaleras, dos plantas y un techo que dejaba pasar tanta luz exterior que parecía que estabas al aire libre, como para andar embarrando esa imagen con cuestionamientos que no llevaban a ninguna parte.



Pero La Plaza tenía algo más, quizá lo más importante. Allí tenía una carnicería mi tía Feli. Realmente, Feli ni era mi tía, era tía de mis primos, ni era propietaria de la carnicería ni la carnicería era tal, porque era una casquería. Pero a un niño de ocho años nadie debe quitarle las ilusiones que van por buen camino, nadie está autorizado a tamaña tropelía. Es como desvelarle antes de tiempo que los Reyes Magos son los padres. No obstante, de esta particular trinidad formada por Tía, Dueña y Carnicería, la primera pieza se reveló irreal.

Afortunadamente fui yo mismo, escrutador incansable de cada uno de los puestos del mercado, muchos de ellos convertidos en paradas obligadas para comprar género por mis tías o por la abuela, el que descubrió que poco tenía que ver el escueto escaparate de morros, callos o sangre que mostraba mi tía, con los lechales, costillas, filetes, piernas o codillos que engalanaban las carnicerías. Pero, que me enterara que tía Feli tenía una casquería en lugar de una carnicería no menguó una pizca la magia que añadía al conjunto de La Plaza.

La primera visita que rendía una vez que había entrado en el mercado, había subido las escaleras y me había puesto delante de la casquería, era para ella.

Era todo un lujo poder saludar de tú a tú a alguien que estaba más allá del mostrador. Además, yo intuía que Feli me quería de verdad o que al menos le gustaban especialmente los niños, no sólo por la repetida expresión tan típica de los bejaranos hacia los más pequeños, “mi niño”, dicho con suma caricia, sino porque no le importaba quedarse un rato preguntándome por mí, por mis padres, por Madrid o si me quedaba a dormir en casa de los abuelitos o de los primos. Con todo el dolor de mi corazón por los abuelos ya perdidos, por aquel entonces mi elección de partida era siempre la misma: con mis primos.

Con ellos jugaba e intercambiaba cromos, cuando no me engañaban y se quedaban con los mejores y más difíciles, por ser yo más pequeño; curiosamente, Manolín, el hijo de Feli, y primo mío a mi infantil entender, era uno de los más gamberros con los cromos de jugadores de fútbol en la mano. Con ellos, sobre todo con otro primo, Pedro, hasta descubrí la música rock de Status Quo, Rolling Stones o Bob Dylan que tanto me apasiona ahora.

Con ellos, en fin, a falta de hermanos mayores, descubría nuevos mundos llenos de nuevas cosas. ¡Cómo no me iba a decantar por mis primos por mucho que los tíos me dijeran que no estaba bien que no quisiera quedarme con los abuelitos!. Sin embargo, Feli lo entendía y, como tantas cosas, lo entendía con una larga y colorada sonrisa. Porque mi tía Feli, era, y aún es, una señora muy risueña y guapa, de colores alegres, mejillas sonrosadas y un pelo rubio que colaboran a la perfección para adornar su sonrisa y su carácter afable. Encarnaba, en definitiva, la bienvenida agradable a La Plaza, el motivo que auguraba que



nada malo iba a acontecer mientras estuviera allí. Pasearse por su interior sabiendo que tu tía tenía una carnicería o casquería (daba lo mismo) hacía que me sintiera también un poco propietario de todo lo que veía y tocaba. Recuerdo que cualquier compra culinaria a realizar por mis tías o abuela, de la que yo tuviera conocimiento, se convertía en una excelente excusa por mi parte para defender una excursión hasta La Plaza.

El marido de tía Feli se llama Felipe y tenía un bar a las afueras de Béjar que se llamaba El Gol. Evidentemente, ni Felipe era mi tío ni, ironías de la vida, el bar era suyo. Pero, con un nombre así, y encima un bar, más cosmopolita si cabe que una casquería, de nuevo se convertía en un sacrilegio desterrar de mi entendimiento a mi tío Felipe y su loable propiedad.

Como incansable coleccionador de cromos de fútbol y seguidor de los titulares de los periódicos deportivos que compraba mi padre, no se me escapaba que algo tenía que ver eso de El Gol con la cercanía del bar al campo de fútbol donde jugaba el Béjar Industrial.

Pero volvamos a La Plaza. Pasar las vacaciones infantiles en cualquier sitio, en este caso Béjar, supone conocer con calma y curiosidad muchas cosas y eventos que la rutina de una ciudad como Madrid, de donde procedo, lo impiden. Yo ya conocía un mercado con cierta solera, siempre de barrio, el de Carabanchel Bajo, al que gustaba de acompañar a mi madre por el interés que ofrecían sus soportales llenos de tiendas, las escaleras que comunicaban sus dos pisos y, en fin, una arquitectura que escapaba a la sobriedad de las galerías al uso. Pero, claro, por muy simpáticos que se mostrarán allí los tenderos ninguno era mi tía y, además, La Plaza no emergía como un punto aislado del mundanal ruido, como en el caso del mercado de Carabanchel Bajo.

La Plaza era una escala en el paseo que siempre regala Béjar a sus visitantes y moradores. Aunque te encuentres en las calles más estrechas y recónditas, precisamente en una de ellas tiene su entrada La Plaza, siempre existe un resquicio por el que divisar, hasta muy adentrada la primavera, la nevada sierra de Béjar, o de Candelario, por si se enfadan los habitantes de este hermoso pueblo serrano.

A los ocho años, aún viviendo en Madrid, se puede desconocer perfectamente qué es y dónde está el Retiro, el Madrid de los Austrias o el Palacio de Oriente, pero en Béjar ya conocía el Bosque, el Santuario de la Virgen del Castañar o lo que queda de su muralla medieval.

La Plaza reunía pues demasiadas cosas agradables: vacaciones, compras, tía dueña de un puesto, más familiares o que simplemente tuviera dos pisos como para que no se me quedará grabado en la memoria como algo para recordar.



Y recuerdo especialmente aquellos instantes porque la tía Feli, dueña de una casquería, ocupaba una cúspide que relacionaba empleos con familiares que, a la menor, incluso servían para “tirarte el pisto” entre los amigos. Su marido, dueño de un bar; el tío Cristino, carpintero; el tío Manolo, cartero; o el tío Toñi, tornero... Todos desempeñando trabajos que en la mayoría de los casos pierden aspirantes en un goteo sin pausa. Pero, sobre todo, lo más grande de esta historia es que hace más de veinte años todavía los chavales éramos capaces de alardear de cuestiones tan sencillas, hermosas y hasta limpias como que “mi tía Feli tiene una carnicería en un puesto de un mercado”. Y nos lo creíamos tanto y poníamos tanta vehemencia en defender la cuestión que no nos importaba soñar con ser carniceros, carteros o carpinteros. Más de veinte años después, probablemente estas tres profesiones no se encuentren entre el Top 50 de los trabajos que en el futuro quieran desempeñar los niños de ocho o diez años y mucho menos, que puedan presumir, aunque sólo sea por el simple hecho de ser profesiones venidas a menos, de tener a un familiar metido en estas faenas. Ni Internet, ni Rolnado ni Maastricht se lo permitirían. ■



LA PLAZA DEL MERCADO DE BEJAR

Béjar es la ciudad de referencia de la sierra del mismo nombre en la provincia de Salamanca. Arte medieval, industrial textil venida a menos, castaños y paisaje serrano son parte de las claves que debe conocer el visitante. La Plaza del Mercado está situada entre la calle Mansilla, donde tiene la entrada principal al público y para carga y descarga, y la calle Ronda de Navarra, donde se ubica otra entrada y el aparcamiento. Como dato a considerar conviene mencionar que está enclavada en pleno casco histórico. Aunque no parece estar muy claro, el mercado es tal desde los años cincuenta, ya que con anterioridad el edificio correspondía a un convento.

En total, La Plaza cuenta con 24 puestos, repartidos en dos plantas. Los doce de la primera planta están dedicados exclusivamente a carnicerías y charcuterías y los doce de la planta baja se los reparten pescaderías, ultramarinos, pollerías y diez mostradores centrales dedicados a fruterías. Aunque el auge y la expansión de los supermercados ha menguado la clientela que acudía a La Plaza, entre sus puestos se encuentran los productos más

frescos y representativos de la comarca, sobre todo patente en carnes y frutas.

En la actualidad se está llevando a cabo una remodelación, cuyo objetivo es potenciar su función intentando cambiar la idea del antiguo mercado de abastos. La inversión prevista en este cambio asciende a 40 millones de pesetas, con los que se mejorarían las condiciones higiénico-sanitarias, las posibilidades de comunicación entre las plantas a través de la entrada de la calle Ronda de Navarra con la instalación de ascensores y la adquisición de carros para facilitar las compras. Esta última mejora se relaciona con la posibilidad de incluir un supermercado dentro de La Plaza.

